Am 2,6-10.13-16 • Sl 49 • **Mt 8,18-22**

En aquel tiempo, viendo Jesús que lo rodeaba mucha gente, dio orden de atravesar a la otra orilla. Se le acercó un escriba y le dijo: «Maestro, te seguiré adonde vayas.» Jesús le respondió: «Las zorras tienen madrigueras y los pájaros nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza.» Otro, que era discípulo, le dijo: «Señor, déjame ir primero a enterrar a mi padre.» Jesús le replicó: «Tú, sígueme. Deja que los muertos entierren a sus muertos.»

Para ser discípulos debemos poner en su justo lugar tanto los bienes materiales como los afectos. Ni unos ni otros deberían distorsionar nuestra capacidad de fidelidad al proyecto de vida que nos ofrece Jesús de Nazaret.
Sin duda es un tema que exige un constante discernimiento y "puesta a punto", cualquiera sea nuestra opción vocacional.
La vida consagrada canaliza su respuesta a través de los votos vividos en comunidad. Los seglares debemos encontrar formas adaptadas al proyecto de vida que hayamos construido. La radicalidad en el seguimiento es ante todo bautismal.

Julio

"...Los campos, el aire, las hierbas, las flores, los ríos, las plantas y hasta las piedras todas, me dicen lo mismo; me dicen que es justo, que es honroso, que es preciso amar a Jesús..."

C. 209

Am 3,1-8;4,11-12 • Sl 5 • **Mt 8,23-27**

En aquel tiempo, subió Jesús a la barca, y sus discípulos lo siguieron. De pronto, se levantó un temporal tan fuerte que la barca desaparecía entre las olas; él dormía. Se acercaron los discípulos y lo despertaron, gritándole: «¡Señor, sálvanos, que nos hundimos!» Él les dijo: «¡Cobardes! ¡Qué poca fe!» Se puso en pie, increpó a los vientos y al lago, y vino una gran calma. Ellos se preguntaban admirados: «¿Quién es éste? ¡Hasta el viento y el agua le obedecen!»

En el reproche a los suyos Jesús establece una estrecha relación entre la cobardía y la falta de fe. Como si la fe fuera la fuente necesaria para afrontar con valor las circunstancias adversas de la vida.
Está claro que no nos referimos al "fideísmo" que empequeñece y enajena al creyente sino de esa fe con mayúsculas que nos devuelve todo el protagonismo al tiempo que llena de esperanza nuestras luchas.
Creemos en un Dios cercano, al que en ocasiones percibimos como dormido a nuestro lado, que nos invita a ser valientes en la fe.

Am 5,14-15.21-24 • Sl 49 • **Mt 8,28-34**

En aquel tiempo, llegó Jesús a la otra orilla, a la región de los gerasenos. Desde el cementerio, dos endemoniados salieron a su encuentro; eran tan furiosos que nadie se atrevía a transitar por aquel camino. Y le dijeron a gritos: «¿Qué quieres de nosotros, Hijo de Dios? ¿Has venido a atormentarnos antes de tiempo?» Una gran piara de cerdos a distancia estaba hozando. Los demonios le rogaron: «Si nos echas, mándanos a la piara.» Jesús les dijo: «Id.» Salieron y se metieron en los cerdos. Y la piara entera se abalanzó acantilado abajo y se ahogó en el agua. Los porquerizos huyeron al pueblo y lo contaron todo, incluyendo lo de los endemoniados. Entonces el pueblo entero salió a donde estaba Jesús y, al verlo, le rogaron que se marchara de su país.

El hecho en sí es impresionante. Ante la pérdida de la piara los pobladores del lugar piden a Jesús *"que se retire de sus términos"*.
Podemos proyectar esta situación en nuestra vida personal, familiar, comunitaria... ¿No nos pasa que preferimos convivir con las dificultades, de cualquier índole, antes de pagar el precio necesario que implica el confrontarnos con ellas y darles una solución?
En ocasiones obramos como los porqueros de Gerasa y preferimos echar de nuestras conciencias las llamadas de cambio, con tal de no renunciar a nada de lo que somos y tenemos.

Ef 2,19-22 • Sl 116 • **Jn 20,24-29**

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor.» Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo.»
A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: «Paz a vosotros.» Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.» Contestó Tomás: «¡Señor mío y Dios mío!» Jesús le dijo: «¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.»

El acercamiento a la figura de Santo Tomás, desde la óptica de la Hospitalidad, nos remite al conflicto existente en el mundo sanitario entre el positivismo biológico y la dimensión espiritual de la persona.
El positivismo hunde sus raíces en el racionalismo y en el método experimental. Existe lo susceptible al análisis científico de hechos verificados por la experiencia.
La figura de Tomás, el apóstol que todo lo quiso comprobar, nos invita a reconocer, asumir y proteger la intangibilidad del misterio y su radical influencia en la salud integral de la persona.

Am 8,4-6.9-12 • Sl 118 • **Mt 9,9-13**

En aquel tiempo, vio Jesús al pasar a un hombre llamado Mateo, sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: «Sígueme.» Él se levantó y lo siguió. Y, estando en la mesa en casa de Mateo, muchos publicanos y pecadores, que habían acudido, se sentaron con Jesús y sus discípulos. Los fariseos, al verlo, preguntaron a los discípulos: «¿Cómo es que vuestro maestro come con publicanos y pecadores?» Jesús lo oyó y dijo: «No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. Andad, aprended lo que significa "misericordia quiero y no sacrificios": que no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.»

Cualesquiera sean las pobrezas de aquellos con los que nos relacionamos, siempre serán dignos, como personas, de respeto y confianza. El mismo respeto y confianza practicado por Jesús con la Samaritana, con María Magdalena, con publicanos y pecadores como Mateo, con el buen ladrón...
Para ellos, esa actitud de aceptación incondicional, fue el inicio de una nueva vida.
Sólo quien se siente amado es capaz de reconocerse y cambiar. Estamos ante un nuevo paradigma relacional, facilitador en la construcción cotidiana de la fraternidad Hospitalaria y con profunda significación terapéutica.

Am 9,11-15 • Sl 84 • **Mt 9,14-17**

En aquel tiempo, se acercaron los discípulos de Juan a Jesús, preguntándole: «¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos a menudo y, en cambio, tus discípulos no ayunan?» Jesús les dijo: «¿Es que pueden guardar luto los invitados a la boda, mientras el novio está con ellos? Llegará un día en que se lleven al novio, y entonces ayunarán. Nadie echa un remiendo de paño sin remojar a un manto pasado; porque la pieza tira del manto y deja un roto peor. Tampoco se echa vino nuevo en odres viejos, porque revientan los odres; se derrama el vino, y los odres se estropean; el vino nuevo se echa en odres nuevos, y así las dos cosas se conservan.»

La alternativa está clara: o somos odres nuevos para acoger el vino nuevo del Espíritu sin "reventar", o bien, identificándonos con los odres viejos, acogemos los remiendos "remojados" y aceptamos el proceso de ir adaptándonos, haciendo posible la acomodación entre lo nuevo y lo viejo.
Quizás ambas "velocidades" sean necesarias en el proceso de revitalización y reestructuración. Quizás haya llamadas que comprendamos y nos entusiasmen al tiempo que otras que no entendamos ni deseemos asumir.
El Señor acepta lo nuevo y lo viejo que hay en nosotros y nos invita a caminar.

Za 9,9-10 • Sl 144 • Rm 8,9.11-13 • **Mt 11,25-30**

En aquel tiempo, exclamó Jesús: «Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, así te ha parecido mejor. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera.»

Frase:
"Yo os aliviaré."

Meditación:
El Evangelio nos invita a sentirnos acogidos y también a acoger. Solamente quien alivia sus cansancios y agobios en el encuentro con el Señor, es capaz de salir al encuentro del hermano.
Si falta solidaridad, si el cansancio y el agobio parecen ganar la partida, no será porque Dios no nos tienda su mano, sino porque, quizás, hemos perdido su referencia y hemos pensado, durante mucho tiempo, que sin Él, igual nos iba mejor.
Vivirnos en actitud de abandono en las manos de Dios es el camino que potenciará nuestra entrega.

Oración:
Señor, tú me revelas el secreto de la vida en clave de evangelio en su sencillez más profunda: estar contigo. Te confío mis cansancios, quiero sentir tu presencia amigable y comprensiva.

Acción:
Identifico mis preocupaciones y se las confío al Señor. Pienso en alguien de mi entorno que esté muy agobiado y le demuestro mi cercanía.